

Convergencia, Movimiento Lacaniano por el Psicoanálisis Freudiano
Coloquio Internacional “La rencontre”/ Paris 2017
Texto de Lazos Institución Psicoanalítica de La Plata (Argentina)
Autor: Ernesto Vetere

¿De qué encuentro se trata?

“¡Estás sobre la Tierra, no hay cura para eso!”

Samuel Beckett, en *Final de Partida*

Existe un lado oscuro de la condición humana que se resiste al encuentro. A esa dificultad estructural, se le suman otras asociadas al discurso de cada época. En la nuestra, por ejemplo, el resurgimiento de las derechas neoliberales reivindica una exclusión de lo extranjero que atenta directamente contra los lazos sociales. Agitando las banderas de una pretendida identidad nacional, que no es más que una mera identidad de clase, estos discursos promulgan un falso encuentro entre iguales a partir del rechazo de lo diferente. Cada sujeto, en su relación con el Otro y con los otros, tendrá que arreglárselas con esta mixtura entre lo invariante y lo contemporáneo.

Los analistas, como el común de los mortales, estamos sujetos a las generales de la ley. También estamos atravesados por algunas de estas miserias, tanto por las miserias neuróticas como por las miserias del mundo. Desde esta perspectiva, no es tan incomprensible que nos desencontremos. Sin embargo, nuestro oficio y, fundamentalmente, nuestros análisis nos permiten, a veces, hacer algo distinto con eso.

En este sentido, y anticipando la idea central de este trabajo, creemos que las condiciones para el establecimiento de un buen lazo entre analistas no dependen sólo de las particularidades organizacionales de las escuelas o internacionales psicoanalíticas sino, y esencialmente, de los efectos de un discurso sostenido, en definitiva, por los análisis de los analistas.

Ahora bien, si enfatizando este sesgo, pensamos a Convergencia no tanto como un agrupamiento de instituciones sino más bien como un lugar de encuentro entre analistas comprometidos con la transmisión del psicoanálisis, ¿qué singular anudamiento entre ética y política puede impulsar su *movimiento*? ¿Qué dimensiones del encuentro podremos precisar a partir de la incidencia de lo terminable e interminable de los análisis de los analistas?

Con el fin de abordar estos interrogantes, queremos compartir con ustedes algunas breves y puntuales reflexiones acerca de tres conocidas teorías legadas por Lacan sobre la cuestión del fin de análisis. Estas teorías son: el *pasaje de analizante a analista*, el *atravesamiento del fantasma* y el *saber-hacer con el sinthome*.

Respecto de la primera de estas concepciones, elaborada por Lacan en la *Proposición del 9 de octubre...*, nos ocuparemos sólo de resaltar lo siguiente: que dicho pasaje desencadena, como efecto, el llamado *deseo del analista*. El deseo del analista constituye un punto privilegiado de articulación entre la intensión y la extensión del psicoanálisis. Tiene la virtud de enlazar el análisis del analista, llevado lo más lejos posible, en el mejor de los casos hasta su conclusión, su práctica pero también, nos permitimos agregar, su modo de transmitir el psicoanálisis y de hacer lazo con otros analistas.

“El deseo del analista es su enunciación”, nos dirá Lacan: ese deseo que habita en un analista, efecto de su propio análisis, se juega en definitiva en el acto de decir, acontece en el decir. Y esto es, precisamente, lo que “pasa” en la reunión de analistas. Cuando en cualquier instancia de transmisión el analista toma la palabra -lo cual significa que se deja tomar por ella-, hace pasar a través de su decir y de su estilo la inexistencia del Otro experimentada en su propio análisis. Allí *se dice* el deseo del analista; allí el deseo del analista *dice* esa nada. Pero se trata de una nada siempre ligada a una finalidad: en la intensión, que el sujeto se analice; en la extensión, que el psicoanálisis se transmita y que, al hacerlo, se siga reinventando. Sólo desde la fugacidad de su expresión y de su silencio, el deseo del analista podrá propiciar un encuentro posible: el encuentro entre la *causa singular* del análisis de ese analista y la *causa común* compartida con otros analistas.

La segunda teoría mencionada es la del atravesamiento del fantasma. Tal vez sea más acertado bascular entre el plural, atravesamientos del fantasma, para dar cuenta de lo que se va produciendo, anticipadamente, en distintos momentos privilegiados de un análisis, y el singular, atravesamiento del fantasma, para poder especificar y dimensionar la radical experiencia que sucede hacia el final. Sin embargo, dicha radicalidad no implica la disolución del fantasma. Cae su fundamento y con él, su fijeza de goce. Es entonces cuando toda la pulsión de allí liberada puede ofrecerle al deseo una fuerza desconocida. El sujeto, además, obtiene una mayor plasticidad en el armado de escenas con los otros, pudiendo desoír la voz de esa suerte de apuntador teatral que, hasta el momento, insistía en repetirle el aburrido y trillado libreto fantasmático. A partir de esta deconstrucción, se produce un más allá del fantasma, pero queda un resto que, a veces, aunque sea sutilmente, puede llegar a retornar. Por supuesto, cuando ello ocurre, el sujeto advertido de su fantasma, está en mejores condiciones de salir de allí y actuar desde otro lugar. En la medida en que los analistas hagamos un *decidido uso de este margen de maniobra*, podremos seguramente favorecer mejores encuentros.

No obstante, a ese real desprendido del fantasma es necesario anudarlo nuevamente, inventando un artificio en el lugar mismo de lo incurable. A esa invención, y entrando ya en la tercera teoría, Lacan la llamará *sinthome*.

El *sinthome* es un concepto muy complejo, de variadas aristas, que Lacan va fabricando sobre la marcha misma del seminario 23. A lo largo del derrotero que emprende, varias versiones posibles del *sinthome* pueden allí leerse: esa función de un cuarto anillo que anuda la estructura puede ser desempeñada, en ocasiones, por el padre nombrante, por una mujer para un hombre, o incluso, por el propio analista. Pero pensamos que la transformación esencial sobre el nudo acontece cuando esa función pasa a ser sostenida y dinamizada desde una praxis, inventada singularmente, por cada sujeto. Una “praxis cualquiera”, afirmará Lacan, previniéndonos de generalizaciones idealizantes, pretendiendo, por ejemplo, que todos nuestros analizantes escriban o pinten. Para algunos podrá ser pintar o escribir, para otros arreglar cañerías, enseñar a niños de una escuela primaria, escalar montañas, cantar ópera, hacer cirugías, reciclar basura, o transmitir el psicoanálisis. Creemos que, desde esta perspectiva, queda revitalizada la *función del verbo*, en su intento de nombrar este especial anudamiento. Paráfrasis mediante, podríamos agregar entonces que esa praxis, a la vez, no podrá ser cualquiera: tendrá que portar las marcas íntimas de cada quien, revisadas y trabajadas en un análisis.

Si bien el ejercicio de esa praxis ya puede estar allí, en la vida del sujeto -a veces incluso antes de empezar un análisis-, podríamos decir que es con el desenlace de la transferencia, que el *sinthome* devendrá el nuevo enlace de la estructura, reparando su falla y reanudando su causa. El *sinthome* enlaza en el hacer mismo y por esta misma razón, su

eficacia se torna interminable. Porque una vez creado este artificio, no podremos dejar de hacerlo. Adquiere el carácter de necesario. Dicho de un modo más llano aún e implicándonos en la cuestión: acaso muchos de nosotros mismos, ¿pensamos en jubilarnos alguna vez? ¿Podríamos dejar de escuchar al inconciente, al propio y al ajeno, podríamos dejar de formarnos, de reunirnos y de transmitir el psicoanálisis? ¿Podríamos vivir sin *eso*?

Ahora bien, si este saber-hacer imprime un sentido posible sobre ese fondo de sinsentido, descubierto por la experimentación de la inexistencia del Otro, cabe preguntarnos: ¿qué maneras novedosas le ofrece al sujeto de habitar la falta y el lazo social? Finalizaremos entonces este sucinto recorrido de la mano de Marguerite Duras. La relectura de algunos pasajes de su obra pero fundamentalmente, el encuentro con su tumba, nos permitirán arriesgar alguna respuesta a este último interrogante.

En su ensayo *Escribir*, esta autora comenta: “La soledad no se encuentra, se hace. La soledad se hace sola. Yo la hice. Porque decidí que era allí donde debía estar sola, donde estaría sola para escribir libros. Sucedió así. Estaba sola en casa. Me encerré en ella, también tenía miedo, claro. Y luego la amé. La casa, esta casa, se convirtió en la casa de la escritura. Mis libros salen de esta casa. También de esta luz, del jardín. De esta luz reflejada en el estanque. He necesitado veinte años para escribir lo que acabo de decir”.

El *sinthome* sólo puede construirse desde esa soledad radical. Es más, un análisis propicia la invención misma de esa soledad esencial, que ya no se subjetivará tanto como desamparo sino más bien como libertad. Si el Otro no existe, no nos queda otra alternativa -afortunadamente- que crear nuevos y mejores modos de anudarnos a la vida.

Por supuesto que aquí de ningún modo se trata de un goce autista. Por el contrario, el objeto de goce que el sujeto pone en obra a través de este saber-hacer encuentra su espacio en un lazo social, ya que este saber-hacer anuda al goce con el deseo y con alguna dimensión del amor.

Para poder dimensionar mejor los alcances de este anudamiento, queremos compartir con ustedes un último comentario. Los restos de Marguerite Duras descansan tan sólo a unos pocos metros de aquí, en el cementerio de Montparnasse. En ese mismo lugar se encuentran otros grandes escritores. En cada una de estas tumbas puede descubrirse alguna particularidad: en la del poeta peruano César Vallejo, por ejemplo, su célebre epitafio: “He nevado tanto para que te duermas”; cerca de allí, pueden leerse, en un mismo mármol, los nombres de Sartre y Simone de Beauvoir, escritos como corresponde, uno junto al otro; en la de Samuel Beckett no hay nada, aunque tratándose de Beckett, quizás sea conveniente decirlo en jerga lacaniana: seguro que allí *hay nada*; y la lápida de Cortázar, está cubierta por muchas palabras afectuosas que la gente le sigue dedicando al escritor, pero dirigiéndose a él como si estuvieran hablando con un amigo o con un hermano mayor; y por supuesto, tampoco faltan los cigarrillos, los cronopios, las famas y las rayuelas, cuidadosamente dibujadas sobre la piedra.

Pero en la tumba de Marguerite Duras hay un detalle único y conmovedor: en el interior de una gran maceta, clavadas sobre la tierra y mezcladas con algunas flores, se encuentran, acompañando a la escritora, decenas y decenas de lapiceras... Personas de todo el mundo, se acercan hasta allí para dejar la suya. Cada uno sabrá que lo lleva a hacerlo: si esa lapicera vale como una ofrenda, como un homenaje, como un gesto de agradecimiento o incluso como una suerte de pedido mágico para que, desde algún lugar del universo, ella pueda seguir escribiendo. Pero lo cierto es que el objeto elegido para donarle a la escritora, no remite a alguna cualidad de su persona, a algunos de sus libros ni siquiera a una de sus frases mejor logradas, si no al hecho mismo de *escribir*. Todos estos lazos sociales fueron engendrados por

ese singular artificio: artificio inventado por ella pero sostenido y renovado, al mismo tiempo, por cada uno de estos lectores.

En relación con el tema que nos convoca y para concluir, acentuamos lo siguiente: si el saber-hacer con el *sinthome* tiene sobre la estructura, un efecto decisivo aunque no definitivo, es porque anuda, una y otra vez, sobre ese lugar éxtimo, ese lugar de encuentro entre la soledad y los otros.

Valiéndonos de las líneas precedentes, queremos acercarles nuestra propuesta: que Convergencia siga impulsando su movimiento desde la política del *sinthome* y desde la ética del deseo del analista. Con esta propuesta expresamos también nuestro anhelo: *que transmitiendo el psicoanálisis, nos sigamos encontrando.*